

LOS REPUBLICANOS

MIGUEL SALABERT

CON la reciente, aunque tardía, legalización de Acción Republicana Democrática Española (ARDE) y de Esquerra Republicana de Catalunya, no sólo se ha legalizado la razón y la Historia, sino también la democracia surgida de las elecciones del 15 de junio, unas elecciones que, sin embargo, siempre quedarán empañadas por el mantenimiento en la ilegalidad de numerosos partidos políticos. Pues un régimen que no admite ser puesto en cuestión por vías y procedimientos democráticos no puede ser considerado democrático. La Segunda República no hubiera merecido el calificativo de democrática si hubiera proscrito a los partidos monárquicos. Y hasta el 1 de agosto pasado, la Monarquía añadía a su pecado original el pecado capital de mantener en la ilegalidad a dos de los partidos republicanos históricos, ARDE y Esquerra. Lo que, además de antidemocrático, era injusto, puesto que otros partidos republicanos, todos los de la izquierda lo son, ya habían sido legalizados.

El 16 de julio de 1977, TRIUNFO reproducía en un editorial un fragmento de otro publicado el 10 de enero de 1976, en el que se decía: "Si nadie pide ahora la República es porque es imposible y porque efectivamente en estos momentos abriría brechas graves en el país, pero no porque hayamos de considerar que es un régimen que ofrezca menos garantías teóricas que la Monarquía. Quiénes somos republicanos y aceptamos la praxis actual de la Monarquía pediríamos que quienes no lo son aceptasen la teoría de una República como viable para demostrar que su espíritu democrático no es exclusivamente verbal". Y a continuación, añadía: "Año y medio después se pueden seguir repitiendo esas mismas palabras".

Ahora, sólo la práctica dirá si pueden archivarse ya esas palabras. La razón de que se haya demorado tanto el reconocimiento de estos dos partidos no radica en la fuerza de los mismos, sino en el hecho de que la clave de bóveda de toda la operación llamada reforma política consistía en asegurar la implantación de la Monarquía. Y si tanto el PSOE como el PCE y otros partidos de izquierda no han planteado el dilema Monarquía-República por rigurosas razones de realismo político, no cabía esperar lo propio de organizaciones que, como ARDE y Esquerra, hacen de la República su razón de ser y sus señas de identidad. La participación abierta de ambas formaciones en la campaña electoral habría planteado frontalmente el dilema ante la opinión pública, y eso es lo que quiso

evitarse, aun al costo de desvirtuar todavía más el carácter ya escasamente democrático de las elecciones.

No cabía esperar que renunciaran ni a su razón de ser ni a sus señas de identidad. Y, sin embargo, se les pidió.

"En mayo de 1976, cuando cenamos con Fraga, éste nos ofreció la legalización a cambio de renunciar al nombre de republicanos. Claro está que a su ofensivo ofrecimiento le opusimos una negativa indignada", nos dice Eduardo Prada, primer vicepresidente de ARDE.

Y los sucesores de Arias-Fraga han persistido en ese ofrecimiento hasta ahora, al denegárseles la inscripción en el Registro de Asociaciones Políticas por la denominación expresamente republicana de ambas formaciones. Incluso se llegó a pedir a la Esquerra que modificara sus estatutos.

El quijotismo de la "Numancia errante"

Exigir tal precio a la "Numancia errante" para poder instalar sus campamentos en el país, pedir a los republicanos históricos que renunciasen a su denominación era, nada más y nada menos, que pedirles que echaran por la borda en un minuto todo lo que durante treinta y ocho años ha sido su razón de vida y les ha hecho mantenerse en una actitud cuya inflexibilidad ha sido dictada muy frecuentemente más por razones éticas que políticas. De ahí que haya podido acusárseles a veces de irrealismo, de quijotismo e incluso de ingenuidad, que es tal vez la peor ofensa que pueda inferirse a un partido político.

Un buen botón de muestra de esta actitud es el que cuenta Régulo Martínez, actual presidente de honor de ARDE, y que transcribe José María del Valle en su libro "Las instituciones republicanas en el exilio", publicado en París por Ruedo Ibérico. Se trata de una conversación mantenida en Madrid, en 1945, por el multimillonario Juan March con representantes de la Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas, integradas a la sazón por Izquierda Republicana, Unión Republicana, Esquerra Republicana, PSOE, UGT y CNT. Asistieron a esa conversación por la Alianza, su presidente, Régulo Martínez, de Izquierda Republicana; Egipto, por el PSOE; Sigfrido Catalá, por la CNT; y Sánchez Guerra, por los republicanos de derecha, además de Tomás Peire, ex diputado lerrouxista que colaboraba con la Alianza y que trabajaba para Juan March.

"March relató ininidad de negocios sucios de Franco y realizó los múltiples apoyos con que él podía contar. Cuando se atacó el problema de fondo, Régulo Martínez le preguntó cómo pensaba colaborar con la Alianza. La respuesta del millonario, después de hacer valer que sin importantes recursos económicos no se podía hacer nada contra Franco, fue pedir a Tomás Peire una carnet de cheques, firmar uno en blanco y entregárselo a Régulo Martínez, declarándole que dispusiera de la cantidad que le pareciera necesaria para poder hacer una obra útil. Olvidando que, como dijo Prim "las revoluciones no se hacen con cánigos", Régulo incurrió, a mi juicio, en la ingenua candidez de darle las gracias y devolverle el cheque, manifestándole que contar con él para hacer propaganda en pro de la República no suponía recabar dinero. "Estimamos —añadió el presidente de la Alianza— que usted puede montar una radio en Portugal y a través de ella dar a conocer al mundo la enorme cantidad de desmanes y negocios sucios de Franco de los que acaba de hablarnos". March repuso que eso no podía hacerlo porque suponía su fusilamiento o su asesinato por la espalda, puesto que Franco sabía de sobra que de varios de esos trapicheos y desafueros sólo él estaba bien enterado. "Sinceramente, señor March, si no está dispuesto a correr tal riesgo, dentro del cual andamos los demás, mejor será que no se meta en estas duras circunstancias a conspirador".

Juan March calificó de quijotismo la actitud de los conspiradores allí presentes, echó la cosa a broma y les regaló un puro.

Muchos son los ejemplos que podrían aducirse del irrealismo que ha caracterizado en ocasiones a la política y las actitudes de los republicanos históricos. Pero ninguno es tan flagrante como el de Fraga al hacerles seriamente la proposición de que renunciaran a denominarse republicanos. La finura no es, además, una cualidad que pueda resaltarse en Fraga, ni por temperamento ni por escuela. La escuela del franquismo no ha sido la más adecuada para que sus políticos desarrollaran ni el "esprit de géométrie" ni el "esprit de finesse". De ahí la ofensiva proposición de Fraga. De ahí la pifia política y diplomática de Adolfo Suárez, más fino político que Fraga, al decir, nada menos que en México y al Presidente López Portillo, que él desconocía la existencia de un partido republicano coherente.

Frase que halló su réplica en una carta abierta dirigida por

ARDE al presidente del Gobierno y cuya inserción en la prensa debió ser pagada como publicidad.

La conciencia acusadora

Tal vez la ignorancia del señor Suárez sobre la existencia de un partido republicano coherente sea en parte resultado del aislamiento moral en que ha vivido el régimen del que él ha surgido, como consecuencia precisamente de la infatigable labor de denuncia realizada por los Gobiernos republicanos en el exilio y todos los partidos políticos que combatieron por la República y las libertades.

El presidente Suárez gusta de definirse como un español medio, y su ignorancia al respecto se ajusta a la de la inmensa mayoría de los españoles que han vivido en el exilio interior. Al fin y al cabo, el señor Suárez no ha sido nunca objeto de "extrañamiento" ni ha tenido que ir a vendimiar o a escarbar en una mina al extranjero. Pero si además de estudiar economía por las noches, como está haciendo con muy loables propósitos, estudiara Historia, sabría, en lo que a los partidos republicanos históricos concierne, que si hay algo que caracteriza a éstos es, precisamente, la coherencia. Si por coherencia se entiende la fidelidad indeclinable a unas ideas e instituciones y la tenacidad, rayana en el milagro, de mantenerlas contra viento y marea hasta que fuera necesario.

Hasta el 21 de junio de 1977, día en que José Maldonado y Fernando Valera, presidente de la República en el exilio y primer ministro del Gobierno de la República, anunciaban la disolución de la misma mediante un comunicado hecho público en París, que decía: "Las instituciones de la República española en el exilio han decidido dar por finalizada la misión histórica que cumplieron hasta la fecha. Se sienten satisfechas porque están convencidas de que han cumplido con su deber.

"Hemos salvaguardado la legitimidad popular —declararía Fernando Valera—. La legitimidad ha vuelto a las urnas, y los republicanos se la devolvemos ya al pueblo".

Así, con un breve comunicado, se ponía fin a una institución mantenida durante treinta y ocho años como una celosa custodia de una legitimidad que ni la derrota militar, ni el exilio, ni el vacío en torno suyo en los últimos años, consiguió abatir. Si los hechos son tercos y tenaces, y el franquismo lo fue, ¡vaya que si lo fue!, los derechos defendidos por los Gobiernos de la República en el exilio no lo fueron menos.

Y, curiosamente, esta legitimidad mantenida contra viento y marea por los sucesivos Gobiernos republicanos durante estos treinta y ocho años fue negada en un principio por algunos destacados dirigentes del republicanismo histórico. Así, en la reunión mantenida el 31 de marzo de 1939 por la Diputación Permanente de las Cortes con Martínez Barrio a la cabeza y por Juan Negrín, jefe del

Gobierno, se puso en cuestión la posibilidad de la existencia de un Gobierno sin territorio ni población. Alvaro de Albornoz, que años más tarde dirigiría varios Gobiernos, se manifestó convencido de que sin un territorio ni personas sometidas a la jurisdicción de ese territorio no era posible mantener un Gobierno.

La visión de estadista de Negrín iba más lejos, convencido como estaba de la inevitabilidad de la prolongación de la guerra de España en el escenario europeo. Y fue la guerra mundial y la victoria sobre el fascismo lo que dio un "suelo" al Gobierno de la República en el exilio. Sus éxitos diplomáticos al conseguir la condena del régimen franquista de las Conferencias de San Francisco y de Potsdam y la posterior de la ONU, en diciembre de 1946, hicieron crear al Gobierno Giral, llamado el Gobierno de la esperanza, y a los que le siguieron, con el reconocimiento diplomático de hasta una docena de países, que la victoria estaba al alcance de la mano. La ingenua ilusión de que las naciones democráticas derrocarían al franquismo mediante el "boicot" económico se estrelló en la "realpolitik" y feneció con la "guerra fría" que trajo al franquismo el apoyo a fondo del imperialismo yanqui. Los Gobiernos de la República debieron contentarse con meros gestos simbólicos y condenas morales.

Pero esa ilusión no había sido abrigada únicamente por los exiliados del exterior, sino también por los del interior. Una ilusión correlativa del miedo sentido en aquellos momentos por los franquistas. Régulo Martínez, que a sus ochenta y dos años continúa en la brecha con las mismas ilusiones de ver de nuevo a la "niña", me cuenta que en la cárcel los guardianes les decían:

—¡Cabrones, perdisteis la guerra en el campo de batalla y ahora la vais a ganar en el petate!

Y dice que cuando salió de la cárcel por aquella época se dedicó a vender papel como representante de un almacén. "Sabían quién era yo y lo que era y muchos empresarios me hacían pedidos enormes que me constaba eran excesivos. Lo hacían para tenerme agradecido, y ya ve usted, nunca he ganado más dinero en mi vida", dice, riendo.

Prácticamente ausente en la lucha del interior, con alguna que otra excepción y sin más actividad que la de la distribución de unos centenares de ejemplares del periódico "República", editado en México, o hacer ondear alguna bandera republicana el 14 de abril, la actuación de los republicanos se realizó en el exterior en una infatigable labor de denuncia del franquismo y de presión sobre las instancias internacionales, en condiciones cada vez más adversas.

Pero sea cual fuere la valoración que en el terreno práctico pueda hacerse de la actuación política de unos Gobiernos, formados ya a partir de 1947 exclusivamente por republicanos, no cabe disputarles el valor testimonial contra



Francisco Giral, presidente de ARDE, unos días después de haber sido detenido y procesado, en abril de 1976.



El primer ministro del último Gobierno de la República, Fernando Valera, con Eduardo Prada, vicepresidente primero de ARDE.

el franquismo que ha supuesto su mera existencia. La República en el exilio ha sido conciencia acusadora no sólo del franquismo, sino de todos aquellos países que la abandonaron por dos veces

Y ahora, el futuro

Esquerra Republicana de Catalunya, cuya fundación data, como

es sabido, de 1931, y Acción Republicana Democrática Española, cuyo origen se remonta a 1960, por la fusión de Izquierda Republicana, Unión Republicana y los Republicanos Federales, son la misma familia y van a confederarse, según nos declaró el vicepresidente segundo de ARDE, José Antonio López Lloréns. Pero ambas organizaciones son totalmente autó-

nomas, como quedó demostrado con la participación de Esquerra en las elecciones, en alianza electoral con el Estat Catalá y el PTE, mientras que ARDE se negó a hacerlo, declinando la invitación que le hizo el PTE a unirse al Frente Democrático de Izquierdas.

—Decidimos no ir a las elecciones por no estar legalizados, por rechazar la Ley Electoral y por estar convencidos de que no podríamos difundir nuestro ideario republicano. Aconsejamos a nuestros militantes y simpatizantes que votaran por los partidos más afines —nos dice Fernando Valera.

¿Los más afines? Los socialistas, nos dice Eduardo Prada— presidente en funciones, en la ausencia de Francisco Giral—, que expresa la esperanza de poder reeditar en el futuro las experiencias de la tradicional conjunción republicano-socialista. "El PSOE se ha acercado mucho a nosotros. Nuestro pensamiento es tangente al del PSOE", añade Prada, quien, sin embargo, define a ARDE como el partido más auténticamente liberal. "Una cosa es decirse liberal y otra es serlo —dice aludiendo a la 'abusiva' utilización que recientemente se ha hecho de la etiqueta—, ya sea de derechas o de izquierdas. Nosotros somos liberales de izquierdas y nuestro marco ideológico está perfectamente trazado en la Constitución de 1931, que para nosotros sigue siendo totalmente válida, hecha la salvedad de algunos puntos, tales como el voto a los dieciocho años y la actualización de los derechos de la mujer".

"Somos republicanos porque la República es la democracia integral. Pero aceptaremos la voluntad de la mayoría del país, una vez que el pueblo haya sido consultado libremente en referéndum sobre la forma del Estado".

A la difusión del ideario republicano va a orientar el partido todos sus refuerzos, así como a organizarse y a conseguir la presencia de los republicanos en los municipios en las próximas elecciones municipales, dice el joven secretario general del ARDE, Paulino García Partida, quien nos anuncia la celebración en el otoño del primer Congreso Nacional de ARDE en territorio español para profundizar las ponencias desarrolladas en el pleno que tuvo lugar en octubre de 1976, fijar la línea política futura y reforzar el proceso de afiliación.

¿Se les ha comunicado oficialmente la prohibición del uso de la bandera tricolor? "Mal podría hacerse —nos dice García Partida—, porque la bandera tricolor de ARDE no es la bandera de la República. La bandera de la República lleva el escudo de la nación con el lema Plus Ultra, y no 'Non Plus Ultra', y la corona mural. La nuestra es la tricolor, sí, pero únicamente lleva las letras de ARDE".

Ahí está, en el muro. En un cartel que proclama, en grandes caracteres, estas palabras de Azaña: "La libertad no hace felices a los hombres, los hace simplemente hombres". ■